

EL ACEBUCHE

Por Pilar Villalobos Moreno

De todos es conocido el dicho de Estrabón, allá por la edad de Cristo, que hacía alusión a los excelentes bosques que cubrían la vieja piel de toro de la península Ibérica y así, una ardilla, podría recorrerla de norte a sur sin necesidad de bajar a tierra.

Con el paso de los siglos, buena parte de esos bosques fueron talados, roturados o quemados en beneficio de la agricultura, que si bien supuso un importante cambio negativo en el hábitat de bosque, también contribuyó a crear una peculiar biodiversidad, dando paso a especies poco relacionadas con las densas arboledas. Así colonizaron y se expandieron por la Península especies como las perdices, las avutardas, los sisones, las alondras y cogujadas y un amplio abanico de aves, ligadas a los espacios abiertos ocupados por los cereales.

Pero también se sembraron muchas tierras de olivar, constituyendo así un bosque seminatural de gran importancia para las aves estivales o sedentarias como verdecillos, jilgueros, tórtolas, etc. que encontraban en el denso ramón del olivo el soporte idóneo para ubicar los nidos. Pero también para las aves invernantes, que llegadas desde la Europa del norte, encontraban en él, el hábitat perfecto para sufrir los fríos invernales.

Las aceitunas y las especies herbáceas del suelo olivarero, repletas de semillas e insectos, aportaban alimento a los animales. Las

labores propias del olivar, al remover la tierra, facilitaban el acceso a los gusanos y larvas de insectos de gran poder nutritivo y los vetustos troncos centenarios de los olivos, repletos de huecos y pimpollos, inapreciable cobijo.

De esta manera, el olivar contribuía a la propia alimentación humana, aportando en tiempos difíciles las proteínas necesarias con la caza de pájaros, liebres y conejos, que a pesar de esta presión, en ocasiones de dudosa legalidad, mantenía poblaciones estables y abundantes en todas las especies y así contribuían a paliar la precaria economía doméstica, por no hablar del importante número de jornales que durante la varea y otras labores propias de este cultivo generaba.

Pero poco a poco, se fue instalando el olivar moderno y llegaron las fumigaciones con avionetas, que lanzan al aire verdaderas nubes de veneno que mata a los insectos (a los buenos y a los malos) sin discriminación; los herbicidas que dejan el suelo tan liso como el asfalto de una carretera, lo que dificulta la absorción del agua de lluvia y produce escorrentías; el riego por goteo, donde se aportan abonos y venenos y que en los cálidos días de verano es el bebedero de aves y mamíferos, que al ingerir los productos químicos les producen enfermedades, infertilidad y en el peor caso la muerte. En muchos casos ya no se despimpolla con el hacha, sino que se recurre a la química que mata las yemas de rebrote y las modernas tecnologías que como en tantas otras cosas reducen de forma dramática la mano de obra y los puestos de trabajo.



La consecuencia es que hoy tenemos olivares biológicamente muertos. Ya no podemos aplicar el popular refrán que decía "*cada mochuelo a su olivo*", porque los mochuelos y la mayoría de especies que antaño le daban vida han sufrido una drástica disminución, como consecuencia de las nefastas y desmesuradas acciones del hombre, que en aras de conseguir mayor productividad, ha creado un desequilibrio sin precedentes en la cadena alimentaria de este extraordinario bosque seminatural, que tantos beneficios ocasionó en sus orígenes al medio natural.

Tal vez deberíamos preguntarnos si todos estos productos, que tanto afectan a las especies antes mencionadas, de alguna forma no acaban llegando hasta nosotros y a la larga no estemos padeciendo, de forma diferida, la afección de enfermedades por todos conocidas.

Observando no hace muchos días el olivo centenario que por suerte puedo disfrutar en el patio de casa, empecé a pensar en su origen. Dicho olivo formaba parte no hace muchos años de un hermoso olivar de grandes ejemplares de dicho árbol, situado justo al lado del Paseo de la Soledad. Este olivar se vio poco a poco abocado a su desaparición allá por los años 60 debido a la expansión del Pueblo, que precisamente en la zona noreste ha sido algo más intensa que en